

que éste pueda reconocer el intento de mimesis o de burla expresado en el relato” (218). En la mezcla carnavalesca del texto se invierten los valores entre lo popular y el civismo patrio, la cultura baja frente a la alta (218). Finalmente, el autor invita a diversas aproximaciones analíticas e interpretativas del relato ya que como otros textos, éste se presta a múltiples lecturas.

La edición de Jorge Chen Sham concluye con una excelente herramienta para aquellos que estén interesados en el mundo literario de Virgilio Mora. La bibliografía de y sobre Virgilio Mora Rodríguez es de suma utilidad tanto para investigadores de la obra de este autor como para las personas que han descubierto la narrativa de este escritor recientemente. Como se manifestó al inicio de esta reseña, el libro es desde la atinada selección y edición de ensayos de Chen Sham, hasta los argumentos planteados y desarrollados en los trabajos que integran *Virgilio Mora: Complejidad polifónica y dialogismo*, una obra de requerida lectura en torno a la narrativa de Mora. En conclusión, este libro es un meritorio esfuerzo, una realidad que además cumple con la misión de colocar en el tapete la obra de Mora y de otorgarle el sitio que se merece a pulso en las letras costarricenses.

Edgar Cota Torres
University of Colorado at Colorado Springs

Robert Folger y Stephan Leopold (Eds.). *Escribiendo la Independencia: Perspectivas postcoloniales sobre literatura hispanoamericana del siglo XIX*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert, 2010, 374 páginas

Las efemérides que empiezan a celebrarse a partir del año 2010, en cuanto al inicio de los movimientos independentistas americanos, permitirán actualizar y repensar el significado de esos hitos que sacuden las conciencias y los imaginarios en ambos lados del Atlántico, y, en nuestro caso particular, en esa transición del régimen colonial hacia la vida republicana que tantos fuerzos, aprehensiones, luchas y fatigas gastaron. El libro editado por Robert Folger y Stephan Leopold es de los primeros en esta línea y reflexión que se prolongará durante una década al menos. La “Introducción”, que firma Stephan Leopold, pone en discusión el objetivo del volumen “¿y cómo se escribe la Independencia?” (7). La recepción de este hito fundamental y fundacional debe verse desde una perspectiva postmoderna en la que la nación es una construcción simbólica, del deseo de alcanzar algo, de construcción siempre incipiente y prospectiva. Un concepto clave para Leopold es desplazar la noción de alegoría nacional para situarse en la falta y la carencia que la independencia generan en tanto vacío ontológico que demanda un trabajo de duelo (14); de tal manera, si la narrativa hispanoamericana del siglo XIX nace precisamente con esa frustración del presente y un punto de partida disfórico, debería narrar el principio fundacional bajo la reivindicación de lo autóctono, aunque nuestras élites sustituyen el poder colonial con su mirada hacia París o Londres (15).

En este sentido, Robert Folger estudia la “Relación de lo que sucedió en Europa...” de fray Servando Teresa de Mier, en donde relata sus aventuras en Europa y observa con sus ojos de viajero extranjero que puede comparar; así para Mier los españoles son mirados como si fueran “hotentotes” (para subrayar la distancia y la extrañeza), reproduciendo los mismos estereotipos acerca de los españoles que circulaban en el resto de Europa hasta el punto de llegar a achacarles también esterilidad y debilidad, como en su momento los europeos negaron

a los indios americanos fuerza vital y capacidad de procreación (38). También Christopher Laferl se interesa por tres textos fundacionales: la *Carta a Jamaica* (1815) de Bolívar, *La victoria de Junín: Canto a Bolívar* (1825) de José Joaquín de Olmedo y las *Silvas americanas* (1823-1826) de Andrés Bello, con el fin de analizar las relaciones entre el criollo blanco frente al indígena. Parte de la constatación de que los proyectos y las luchas independentistas se hicieron en la negación/exclusión de estos últimos otorgándoles solo un protagonismo pasado frente a la denuncia de un sistema colonial perverso (58). En esta misma línea, Mónica Wehrheim analiza la figura poética de Xicotécatl en la novela homónima que salió en Filadelfia por allá de 1826. La construcción del héroe indígena, más bien plano, no se proyecta en su oposición con el conquistador español. Aunque en el modelo de las crónicas la muerte del personaje no es nada trágica, la novela construye una versión distinta, pero que no llega a ofrecernos una deconstrucción del héroe desde el momento en que se hace desde el modelo del “noble salvaje” (74).

Por su parte, Michael Rössner estudia el *Periquillo Sarniento* bajo ese efecto positivo y edificador que se aprecia desde el paratexto, con la figura del “padre” que alecciona a su hijo, mientras que el relato picaresco nos ofrece otro punto de vista del padre de Pedro, severo y prudente. Para Rössner, la novela presenta una sucesión de figuras paternas seductoras, cuya función didáctica y moral es obvia, para que el desempeño del trabajo y la benevolencias ilustradas triunfen y pueda emanciparse Periquillo de la tradición picaresca (94). En un trabajo sugestivo y profundo, Xuan Jing vuelve sobre otros textos fundacionales de la narrativa argentina, *La cautiva* y *El Matadero*, de Echeverría; la violencia y la apropiación del cuerpo del otro son los recursos metafóricos que escoge Jing para analizar ese proceso de transformación del cuerpo-cruz en cuanto espacio nacional. La colonización de la pampa argentina y el exterminio de los indígenas en *La cautiva* por un lado y, por otro, la carnicería humana en *El matadero*, reflejo de ese modelo de la víctima sacrificial, procuran simbólicamente la eliminación del otro sobre el cual se configura la imaginación nacional del discurso civilizatorio (123). Esta contradicción también se encuentra en los textos caribeños que analiza Gesine Müller; el sacrificio-amor de Sab por su señora Carlota, en la novela homónima de Gómez de Avellaneda, se lee bajo el presupuesto del “romance familiar” en el que, por la unidad de la nación, el esclavo renuncia “al conflicto social y étnico” (127). Ocurre lo mismo en *Outre-Mer* (1838), de la criolla martiniquense Louis Maynard de Queilhe, en donde el amor del mulato Marius por Julie de Longuefort se considera el efecto de una mala educación, la cual condujo también al mulato a pregonar la liberación de los esclavos y a satisfacer su amor “insano”, es decir, no natural. Ahora bien, si en Sab el modelo es el buen salvaje con atribuciones de identidad positiva propias de ese “tercer espacio” (137) de una posible emancipación, en Marius no es el caso, pues se inscribe en la oposición entre metrópoli/colonia, en donde representa el demonio que trae el caos y la desestabilización al orden colonial.

Continúa Annette Paatz planteando en su artículo cómo las élites criollas alrededor de los años 50 del siglo XIX se definen en su relación con el liberalismo romántico europeo (144), lo cual se manifiesta en los orígenes intelectuales de los primeros escritores latinoamericanos, gobernantes, periodistas o diplomáticos y en la hibridez discursiva de sus obras. Paatz estudia dos casos: *Los misterios de Santiago* del chileno José Antonio Torres, una mezcla de panfleto anti-jesuita, cuadro de costumbres y novela de aventuras, y *Soledad*, de Bartolomé Mitre, folletín de triángulo amoroso que termina con el matrimonio de Soledad en segundas nupcias con su primo Enrique. Publicadas en forma de novela por entregas, para Paatz ambos textos

no ocultan la importancia de las letras y de la educación y conforman una comunidad letrada a la que se dirigen respectivamente para fomentar y discutir sus tesis republicanas. Javier G. Vilaltella plantea lo mismo en las premisas gubernamentales de la “Comisión Corográfica”, expedición comisionada por el presidente Mosquera para recorrer Colombia y captar sus peculiaridades; Vilaltella estudia las acuarelas y los paisajes desde el punto de “lo sublime ante la inmensidad del paisaje” (172) y lo naíf, pues el paisaje de lo natural está relegado “con frecuencia a un papel de telón de fondo” (175). En resumen, se trata de una empresa que, desde ese sentimiento de profundizar a fondo en el país, repertoria su riqueza y variedad. El trabajo de Vilaltella es convincente y nos ofrece una perspectiva inédita en la que debería interesarse aún más los especialistas de las artes plásticas.

Fernando Nina pone su atención en la que él considera como la primera novela ecuatoriana, *La emancipada* de Miguel Riofrío; por supuesto, también publicado en forma de folletín en 1863. La rivalidad entre Anselmo de Aguirre, rico hacendado, y el estudiante Eduardo por la joven Rosaura, culmina con la liberación forzada que hace la propia heroína ante las autoridades civiles y eclesiásticas; su rebelión ante la ley, pues había dado la promesa a su padre de aceptar el matrimonio arreglado, significará su exclusión y pesará sobre ella la sanción social y moral, pues terminará sus días como prostituta; ella no obedece a su padre ni las reglas de la sociedad, lo cual Nina observa en la estrategia de la carta “robada” en cuyo anverso escribe la protagonista su propia “letra” de su destino ahora asumido, ante la usurpación de su padre, cuyo intertexto reenvía al *Quijote* cervantino (201). El artículo de Nina me parece uno de los más logrados del volumen, porque se apega a una interpretación textual lograda y minuciosa.

Por su parte, uno de los editores del volumen, Stephan Leopold, se decanta por revisar *María* de Isaac, en donde vuelve a tomar su idea del carácter alegórico de lo postcolonial en la novela decimonónica, aquella que plantea ficciones familiares y sentimentales para proyectar una interpretación de la nación y que ahora enfoca hacia la “pérdida dolorosa” (212) con un desenlace disfórico en Isaacs. Leopold ve en el par Ester/María la muerte de un personaje híbrido, cuya pérdida produce un efecto melancólico en esa historia de las emigraciones que ella representa y en la “orfandad” en la que tal situación deja a los hermanos (lectores) de Efraín, a los cuales el texto va dirigido. A las consecuencias de la “nation-building” (226), Vittoria Borsò dirige su artículo sobre el establecimiento de una unidad territorial bajo un ideario simbólico, un grupo hegemónico que controla las riendas y la función de modernización político-económico y social que tal grupo acomete. Para ello Borsò estudia el incipiente desarrollo del estado mexicano a la altura de 1860 y el objetivo de “Ordenar y liberalizar” que el triunfo del republicanismo con Juárez pretende impulsar en tanto salto cualitativo, a través de un programa educativo, una política de laicización del Estado, un patrimonio identitario indígena celebrado y la construcción de una cultura que refleja las variables anteriores. Borsò esboza rápidamente pero sin que podamos observar en su análisis cómo funcionan las categorías anteriores, en ese espacio de contradicciones ideológicas que ella encuentra en novelas de Altamirano *El zarco* y Clemencia.

Merece destacarse los dos artículos siguientes, pues abordan unas parcelas discursivas a las que debería prestarse mayor atención por parte de los estudios culturales en los que este volumen incursiona. Katja Carrillo Zeiter se detiene en la incipiente historiografía literaria en Argentina y Chile, la cual se debate en “buscar soluciones dentro de un marco que impide el rechazo absoluto de lo ‘español’” (249). El problema estriba en

construir una tradición histórico-cultural, eso sí, marcando la diferencia de “lo propio” frente a “lo español” y Carrillo Zeiter se fija en dos textos fundacionales para sendos países: la *Historia de la literatura colonial de Chile* (1878), de José Toribio Medina, y *La literatura argentina desde la conquista hasta nuestros días* (1905), de Felipe Martínez. En el caso chileno, se destaca la incorporación de lo indígena mapuche y la síntesis no “contradictoria” con lo español en la conformación de la chilenidad a partir de *La Araucana*, mientras que el punto de inflexión en el caso argentino es la afirmación de una nacionalidad argentina que se asienta en los procesos de independencia y que otro historiador, Ricardo Rojas, lo propulsa hacia la poesía gauchesca. Complemento del anterior, Martha Guzmán se dirige hacia el estudio del español americano y, en primer lugar, destaca no solo las apariciones de propuestas de reformas ortográficas como las de Andrés Bello y Sarmiento, sino también por el interés por el pasado indígena, la expresión de variedades regionales y, lo más loable en este contexto emancipatorio, “el intento de formación de una identidad lingüística propia” (268). También se encuentra el trabajo de Eugenia Ortiz sobre Vicente López y *La novia del hereje* (1854). Para la Generación de 1837, la novela representa el vehículo perfecto y la tribuna para exponer las bases de una educación republicana. Ortiz se interesa por la diatriba al poder oscurantista que deriva del ejercicio del poder religioso, la cual hace de María una hereje, con el fin de que se explique el origen del atraso cultural de los países recién independizados y se investigue su pasado colonial.

Para este último bloque de esta reseña, en la que doy cuenta de los últimos trabajos del volumen, creo que los editores han alargado mucho los límites de su periodo en estudio, pues fenómenos como el naturalismo o el modernismo no entrarían tan fácilmente en sus premisas iniciales, sobre todo cuando se trata de narrar el evento de la independencia y la manera de concebirla en las representaciones literarias; lo sería tal vez desde ese prisma de la dependencia y adhesión a corrientes europeas. El trabajo de Wolfgang Matzat sobre la novela *En la sangre* de Eugenio Cambaceres, uno de los más sólidos del volumen, utiliza el concepto de transculturación propuesto en su momento por Ángel Rama para observar las adaptaciones del modelo naturalista en Argentina, con esa integración al medio social por soluciones que son tratadas como ilegítimas, tales como el “lastre hereditario” (305) y la clase social en su protagonista Genaro.

Sugere por sus conclusiones, metódico en su análisis textual, es también el artículo de André Otto y Kurt Hahn sobre Asunción Silva, en donde lo suntuario y lo preciosista se cargan de un matiz de prestigio hacia valores europeos, con lo cual se manifiesta su dependencia. Para los dos críticos, los objetos se vuelven fetiches bajo el prisma de una voz poética que desea esa apropiación simbólica, de la “presencia fantasmática de las cosas” (336); se trata de un deseo insaciable de acumulación de objetos en poemas tales como “La ventana”, “Al pie de la estatua” o “Vejeces”. Complemento del anterior, Beatriz González-Stephan analiza el asombro y la novedad con los cuales el ojo cronista de José Martí ve las máquinas y descubrimientos que se exponen en las ferias de New Orleans (1884) o de Chicago (1892), en donde se muestra lo mejor de “la nueva cultura material” (346). El espectáculo de lo visual y el desarrollo de la manufactura son vistas en esa oposición Norte/Sur, con ese llamado a “virilizar” nuestros países con arreglo a la ciencia y al comercio.

Jorge Chen Sham
Universidad de Costa Rica
Miembro correspondiente Academia Nicaragüense de la Lengua